

CHRONOS & KAIRÓS

# ACERTAR CON LA VIDA Y EL TIEMPO. UNA CONVERSACIÓN FILOSÓFICA

Entre **Ignacio Sánchez Cámara**, Catedrático de Filosofía,  
y **Ernesto Baltar**, profesor de Filosofía.

Patrocinador:

FUNDACION TATIANA

Colaboradores:

  Facultad de Artes  
y Humanidades



## **FRAGMENTOS DE UNA VIDA PRESENTE. MEMORIAS DE JULIÁN MARÍAS.**

Páginas de Espuma, 2008

### **Sobre el concepto de “trayectorias”**

“A medida que se avanza en la vida, esta se va haciendo más compleja. Van ingresando en ella diversos elementos, que pertenecen a dominios diferentes, a direcciones que pueden tener poco que ver entre sí —pero que tienen que ver con el sujeto—. [...] Es el origen de lo que he venido a llamar trayectorias, de las cuales lo decisivo es que son plurales. Creo que pertenecen a la vida humana desde que empieza a funcionar como tal, y así he tenido que mostrarlo, pero su extremada simplicidad en la niñez se debe a la angostura del horizonte vital; podríamos decir que en los primeros años hay varias trayectorias, pero están tan ‘juntas’ que parecen confundirse. Cuando se llega a la adolescencia empiezan a independizarse, por un lado, a entrelazarse, por otro: son claramente varias, pero van formando intrincados nudos que aumentan el dramatismo que siempre acompaña a la vida, que es su sustancia. Por eso, cada vez es más difícil ‘contar’ la vida sin falsearla; y, sobre todo, cada vez en más difícil vivirla, llevando de frente todas sus trayectorias simultáneas y conservando las huellas de las que han ido quedando a la espalda” (p. 79).

### **Sobre el concepto de “dilatación de la vida”**

“Por muchos nubarrones extendidos sobre el horizonte que pusieran una sombra en las perspectivas, la esperanza, nunca perdida del todo, se dilataba. Esta me parece la palabra esencial: la dilatación de la vida. Desde 1936 para los españoles, desde 1939 para los demás europeos, el horizonte vital había sido particularmente angosto. Insistí antes en la mínima libertad, en la tremenda constricción que impone el ‘estado de guerra’; casi no queda más libertad que la de tomar las cosas de una manera u otra. Por eso, las trayectorias de || la vida se hacen interiores, y por ello difíciles de ver. Pero no dejan de existir y ser plurales” (pp. 267-268).

“Las dilataciones de la mente son inseparables de las dilataciones de la vida —son estas las que hacen posible aquellas—.” (p. 345)

## Sobre el concepto de “ilusión”, semejante a “esperanza” y “felicidad”

“El verano de 1935 —el último verano— lo pasé en Madrid; Lolita lo pasó en Suances, en la costa cantábrica. Cartas y más cartas, que eran lo que me sostenía, el hilo conductor de mi vida. Nuestra compenetración era cada vez mayor. Nos entendíamos como nunca había podido hacerlo, con nadie. Y había un elemento decisivo, tan ligado a la esperanza que casi se confunde con ella, que en rigor la hace posible: la ilusión” (p. 123).

“Cada día tiene su afán, suele decirse. Gran verdad. Cuando se dice que la vida es cotidiana, se suele pensar en su monotonía —‘Ah! que la vie est quotidienne!’—, pero se olvida la otra cara de la cuestión: que se vive día tras día; cada día es único, con su mínimo programa, su desenlace, su balance vital, en que rinde cuentas. La eliminación de esto deshace la verdadera estructura del vivir, lo deja amorfo, y es la vía por la que penetra el tedio. Creo que nunca lo he olvidado, le he pedido siempre algo a cada día, me he despertado con una expectativa, una ilusión, una esperanza, me he dispuesto a dormir tras un balance vital de la jornada, el más verdadero aforo de la felicidad o la infelicidad” (p. 570).

“Tenía, finalmente, que conquistar la posibilidad de vivir humanamente. Cuando la vida se convierte en pura angustia, cuando se cierra el horizonte, cuando cada día no promete nada, lo único que le permite seguir y fluir es el deber; pero eso no basta para que la vida tenga algún sentido, por doloroso que sea, y resulte vividera, condición de que tenga alguna fecundidad. Hace falta que vuelva a funcionar la expectativa, que se pueda hacer el balance de cada día desde el punto de vista de aquello que constituye el más auténtico motor de la vida humana: la ilusión” (p. 614).

“Más de dos decenios había tenido el deseo de escribir un libro del cual tenía previsto, con toda precisión, el título: Breve tratado de la ilusión. Esta ha representado siempre un papel esencial en mi vida; sin ella me ha sido muy difícil interesarme por las cosas. La he vivido, la he distinguido de cualquier otra actitud, le he dado el más alto valor. He sentido ilusión por ciudades, países, empresas; sobre todo, por algunas personas. Me ha parecido que la única manera de vivir que vale la pena es la que llamamos vivir ilusionado” (p. 793).

“Había hecho a fondo la experiencia de la felicidad —coincidente, y esto me parecía esencial, con incontables dificultades, sinsabores y sufrimientos, lo que me permitió distinguirla de otras cosas con las cuales suele confundirse—; había perdido esa felicidad [tras la muerte de Lolita], y vivía precisamente sobre el fondo de esa pérdida, esa privación, esa nostalgia, lo cual había transformado radicalmente mi vida. Pero al mismo tiempo advertía que la felicidad es irrenunciable, que constituye, por presencia o ausencia, la realidad más profunda de la vida, que sigue refiriéndose a ella irremediabilmente. Yo había usado como definición de la felicidad ‘el imposible necesario’, y encontraba que era válida en todo caso” (p. 882).

“Esto remite a un horizonte de esperanza, inseparable de la condición personal. Este libro, bastante doloroso en muchas de sus || páginas, es siempre esperanzado; más aún, ilusionado; sin ello no habría podido escribirlo, porque no habría podido vivir. Y ese carácter personal hace que sea un libro lleno de gratitud. Las personas que, desde mi niñez hasta hoy, me han hecho sentirla descubrirán fácilmente hasta qué punto es real. Y verán, al mismo tiempo, cómo mi esperanza en la inmortalidad personal y en la resurrección de la carne se refiere, más que a mí, a ellas, a quienes siento como necesarias e imprescindibles para ser y seguir siendo quien soy” (pp. 909-910).

### **Sobre el concepto de “irrevocabilidad de la vida”**

“También las relaciones personales se habían intensificado; éramos muy jóvenes, pero ya no tanto; una incipiente gravedad germinaba en muchos de nosotros. Yo empezaba a sentir algo que ha sido siempre para mí evidente, tremendo y al mismo tiempo gozoso: la irrevocabilidad de la vida. Sabía que algunas cosas, algunas personas, eran para siempre. Me sentía adscrito a la libertad, condición intrínseca de la vida humana, y por eso irrenunciable; no admitía otra forma de vivir que no fuese en la verdad; mi pertenencia a España me parecía tan inquebrantable como no exclusivista. Finalmente, unas cuantas personas iban a condicionar mi vida, en relaciones indelebles de amistad o amor” (p. 128).

### **Sobre el concepto de “vocación”**

“Nunca me han convencido los que justifican su esterilidad por las ‘circunstancias’, las presiones, la censura, la falta de libertad. Cuando hay vocación verdadera, se abre paso, salvo momentos excepcionales. En cambio, cuando falta, las circunstancias más favorables y hasta privilegiadas no hacen brotar lo que no existe. La crisis intelectual de la Guerra Civil y el tiempo que la siguió se debió principalmente a ‘dimisión’ de los creadores, a cobardía, complacencia o utilitarismo, todo lo cual descubría la escasa autenticidad de su vocación” (p. 173)

“Iba a su casa [del pintor Enrique Segura], en Puerta de Hierro, llena de cuadros suyos y ajenos, me sentaba y hablábamos mientras trabajaba. Tengo un excelente recuerdo de aquellas mañanas de verano, luminosas, de conversación con un tipo humano que siempre me ha interesado y complacido: un hombre con vocación. Tengo la impresión inquietante de que empieza a no ser frecuente. Posiblemente por presiones económicas, más aún por el predominio de la organización en todo, que resta espontaneidad, la vocación muchas veces no llega a nacer o queda pronto ahogada en una red social que no la deja desarrollarse” (p. 824).

## **Sobre la “posesión de la propia vida” y la “libertad”**

“Lo más penoso para mí era la supresión de la espontaneidad, primero de un signo y después del otro. Lo personal o lo estrictamente social estaban sustituidos por consignas, normas, imposiciones. Siempre me resistí a ello, no permití que mi vida se contaminara de lo que otros querían hacer de ella. He tenido clara conciencia de que mi vida puede ser muy poca cosa, acaso sin gran interés, pero que tiene que ser mía: gestos, palabras, opiniones, ideas. Si no, las cosas no valen la pena” (p. 195).

“Siempre he creído que la vida no vale la pena más que cuando se la pone a una carta, sin restricciones ni reservas; son innumerables las personas, muy especialmente en nuestro tiempo, que no lo hacen por miedo a la vida, que no se atreven a ser felices porque temen a lo irrevocable, porque saben que si lo hacen, se exponen a la vez a ser infelices. Yo llevaba años de haber puesto mi vida a una carta, sin esperanza de ganar; si acaso, tímida y vacilante; aun así, creía que era lo único que valía realmente la pena. Y ahora me encontraba con el premio máximo, lo más que podía desear [se refiere a Lolita]. Pasara lo que pasara, lo daría por bien empleado” (p. 234).

“Ocurre en ocasiones que los escritos, cuando proceden de una mirada desinteresada sobre la realidad, se van aproximando a ella, porque habían previsto hacia dónde iban las cosas. Cuando esto no es muy alentador conviene verlo y decirlo, pero no quedarse en ello, sino mirar más hacia adelante y no olvidar que el futuro es reino de libertad; y que, por supuesto, la libertad es algo que no está simplemente ahí, sino que se hace” (p. 857).

## **Sobre el concepto de “cotidianidad” como “ilusión de eternidad”**

“Mi vida en Estados Unidos había tenido las condiciones óptimas para ser fecunda: todo era nuevo, pero lo había vivido cotidianamente, con esa ilusión de eternidad que da el hacer las cosas cada día, con la impresión de que se van a hacer todos los días, o sea, siempre” (p. 306).

“La vida es siempre cotidiana, y es la dimensión más importante de ella. Es la que hace la vida soportable, porque finge una ilusión de eternidad: si no fuera así, sería angustioso el paso del tiempo, se sentiría demasiado la fugacidad de la vida. Pero a la vez hace falta cambio, variación, que es lo que permite la articulación de la vida. En mi caso, los viajes han aportado ese elemento decisivo, al cortar la inevitable monotonía y establecer plazos, etapas, y añadir un argumento superpuesto al que la continuidad habitual puede disimular y enmascarar” (p. 509).

## **Sobre el concepto de “vida intelectual”**

“Añádase que el elemento de ‘comunicación’ ha venido a ser decisivo en este siglo. Los intelectuales pretender comunicar; me parece bien; pero ¿comunicar qué? Y en segundo lugar, esto, por importante que sea, viene después de otras cosas que tienen primacía. El resultado es que se trabaja para comunicar y así pertenecer a lo que se llama la comunidad académica internacional. Nunca he participado de esta manera de ver las cosas. En primer lugar, lo que me ha importado es entender, saber a qué atenerme, estar en claro. He encontrado esencial el elemento de fruición, de goce en esa iluminación que a veces se consigue; en suma, de placer || intelectual. Además, la necesidad de expresión, de formulación de lo visto, mediante la palabra hablada o escrita. Finalmente, hacer participar a otros de todo ello, llevarles la claridad lograda, suscitar en ellos el pensamiento. Todo esto requiere, naturalmente, trabajo, a veces excesivo; pero no es más que eso, un requisito, una condición exigida por lo que se quiere hacer. Y los resultados o consecuencias pueden ser interesantes, pero rigurosamente secundarios. Dicho con otras palabras, se trata de vida, de una dimensión de la vida personal, aquella en que más propiamente se realiza y expresa uno. Si esto es así, la vida intelectual presenta las estructuras intrínsecas de la vida; y una de ellas es el argumento. Cada empresa, cada proyecto ha sido para mí posible en cierto momento y no antes; y ha sido necesario dentro de una estructura dramática (pp. 341-342).

## **Sobre dejar “sedimentar las experiencias”**

“Al volver a Nueva York desde Los Ángeles, la ciudad me parecía pequeña, racional, manejable; y por supuesto maravillosa, ‘genial’, adjetivo que reservo para unas cuantas, muy pocas, ciudades del mundo. Y enseguida a Madrid, a mi vida normal, que era la vida verdadera. Faltaba una operación silenciosa: dejar sedimentarse las experiencias, permitir que formaran parte de mi realidad, que fueran dejando en ella su huella, en lugar de limitarse a ‘pasar’. La plenitud de esta operación requería compartirlas: con Lolita, para incorporarlas a nuestra vida; también con Ortega, para que formaran parte de un pensamiento que desde hacía muchos años se iba haciendo en una singular comunidad” (p. 352).

## **Sobre los cambios importantes en la vida**

“Cuando vuelvo los ojos al tiempo que siguió inmediatamente a la publicación de Ortega. Circunstancia y vocación, tengo la impresión de que mi vida experimentó algunos cambios distintos de los que se suceden habitualmente, de un año a otro. Me parecen cambios que no consisten en ‘sucesos’ más o menos notables, sino en una variación de la configuración de la vida, algo que podríamos llamar estructural. El verbo vivir va adquiriendo, desde la primera niñez hasta la muerte, diversas significaciones; es poco

probable que lo advirtamos, porque es un proceso lento, porque nuestra atención va primariamente a los hechos, a los acontecimientos, a los cambios de situación. Casi nada importante tiene una fecha precisa; una de las razones de la confusión en que solemos vivir en nuestro tiempo proviene de que la información consiste sobre todo en ‘noticias’, algo que se puede dar en un telegrama que publican en los periódicos, lo que es formulado en cualquier medio de comunicación. Lo que verdaderamente importa acontece en un tiempo más o menos dilatado, impreciso, y nunca se formula en cuanto noticia” (p. 401).

### **Sobre cómo cada tiempo es insustituible**

“Pero se fue produciendo en mí una nueva modalidad de la vivencia del tiempo. Aun contando con la estabilidad, con la probable continuidad o repetición de sus contenidos, empecé a sentir con mayor agudeza, casi dolorosa, la individualidad de cada tiempo, la impresión de que cada momento o fase era insustituible, con una extraña unicidad que me hacía sentir lo que llamo ‘nostalgia previa’ de cada fragmento del tiempo, sobre todo si era particularmente feliz. Sentía con fuerza la evidencia de que aunque todo continuara o se repitiera casi sin variación —por ejemplo, los veranos en Soria—, aquel tiempo preciso que estaba viviendo pasaría y no volvería; sería tal vez muy semejante, pero otro” (p. 460).

### **Sobre por qué los jóvenes tienen el “deber de la alegría”**

“Lo que los estudiantes americanos ciertamente habían sido era alegres. Desde 1968, mucho menos. Pero ¿qué os pasa?, solía preguntarles. Los habían ido persuadiendo de que ‘no tenían derecho a estar alegres’, porque las ‘estructuras’ estaban mal. Pocas cosas me han producido mayor indignación. Les decía que las ‘estructuras’ siempre han estado mal, y en nuestra época probablemente menos que nunca. Que los jóvenes tienen, no el derecho, sino el deber de la alegría; porque la vida, aun la más lograda y feliz, encierra tal suma de dolor y tristeza, que no se la puede vivir con dignidad y decencia si no se ha acumulado una alta dosis de alegría cuando es posible, sobre todo en la juventud. Pocos delitos me parecen tan repugnantes como intentar despojar a los jóvenes de su alegría cuando pueden conseguirla” (p. 482).

### **Sobre la filosofía como “visión responsable”**

“Estas consideraciones me llevaron a desarrollar por primera vez mi noción de la filosofía como la visión responsable y todo lo que lleva consigo. Se me había ido imponiendo la evidencia de que la filosofía, que puede usar fórmulas —cuantas menos, mejor—, no se puede quedar nunca en ellas. Frente a todas las doctrinas en que se convierte en

una terminología que funciona automáticamente, la filosofía me parecía el estado de alerta; algo que se vive creadoramente, como el lenguaje, no se ‘aplica’ como un código. La lengua está ‘ahí’, y de ella se parte para hablar; pero cada uno la usa de manera libre y creadora, con una selección de las palabras, los matices prosódicos, los giros. La teoría tiene un carácter visual —es lo que significa *theoría*—; el filósofo tiene que estar viendo lo que dice. Por eso la teoría filosófica tiene que ser a la vez sencilla y compleja; posee la sencillez de la visión, que es un movimiento unitario en la mirada, y la complejidad de la realidad vista, que por ser concreta tiene una especie de infinitud. Las fórmulas de la teoría filosófica no tienen más función que disparar la visión en una nueva dirección; por eso no puede ‘quedarse’ en ellas. Y esto hace que la filosofía sea transitable: el filósofo ha de poder recorrer su propia doctrina, enfrentarse desde ella con cualquier nueva cuestión, responder a ella o una objeción que la ponga en un aprieto —en una aporía, decían los griegos—. Esto es lo que quiere decir *visión responsable*: una visión que responde a la realidad y responde de sí misma, en una permanente justificación” (p. 492).

### **Sobre la “fidelidad al futuro”**

“Yo, a lo largo de treinta años, no he necesitado nunca olvidar mi pasado ni por tanto mi obra anterior. No todos los escritores de nuestro tiempo, especialmente en algunos países, reimprimen sus obras antiguas. Hay muchos que prefieren olvidar lo que han hecho hace diez años o hace veinte o hace treinta años. Yo reimprimo casi todo, por lo menos todo lo que los editores quieren reimprimir. Y no tanto, no primariamente porque yo tenga un espíritu conservador —creo que tengo bastante poco—, no es fidelidad al pasado siquiera. Esto me parece importante que lo vean claro: no es fidelidad al pasado, es fidelidad al futuro. Quiero decir: es fidelidad a los proyectos y empresas, es fidelidad a la meta. No es que yo sea fiel a lo que he hecho o he dicho hace treinta años; es que soy fiel a lo que quería hacer y ser hace treinta años, y lo sigo queriendo porque no lo he conseguido” (p. 569).

### **Cuando la vida adquiere mayor intensidad, se hace “más vida”**

“Pero no se piense solo en los asuntos intelectuales y teóricos. La Antropología metafísica había brotado del fondo de mi vida, de su contenido mismo, de la forma interna que había alcanzado. No solo permitía ‘mirar’ de otra forma, sino también vivir. Esto es más difícil de formular —la vida real, aun la más sencilla, es incomparablemente más compleja que la teoría o la ficción—, pero es evidente que tiene muy diversos grados de intensidad, que aumentan con los años, y más aún con las articulaciones reales de las trayectorias. ¿No es cierto que en algunas ocasiones desde cierta fecha empezamos a vivir con una intensidad desconocida, que nuestra vida es más vida y el mundo tiene mayor realidad? De igual manera se produce en otras situaciones un descenso



de la vitalidad, un angostamiento de la vida, y paralelamente un empobrecimiento del mundo” (p. 571).

### **Sobre la importancia de “aceptar la inactualidad” y el alción como “símbolo del filósofo”**

“Ortega había hablado siempre de ‘la altura de los tiempos’; yo proponía un complemento, que envolvía cierta rectificación: la hondura de los tiempos. Quería decir que es menester aceptar la inactualidad, ir a contrapelo de las vigencias, estimar lo que verdaderamente parece estimable, desdeñar lo que en el fondo se desdeña, por muy elogiado que sea, ser inoportuno. En otros términos, atreverse a ser, pase lo que pase —y aunque sea precisamente que no pase nada ni le hagan a uno caso—. Esto me llevó a escoger el símbolo del alción como ‘animal totémico’ del filósofo. No podía ser el gusano de seda, que saca el hilo de sí mismo; ni el avestruz, que oculta la cabeza en la arena, según dicen; ni el toro, que sigue el trapo rojo y va donde el torero quiere que vaya. Según el mito griego, el alción es un ave marina que hace su nido y pone los huevos, para que la vida siga, en los días más tempestuosos del invierno, en un momento de calma, los ‘días alciónicos’. Pensé que el filósofo debe ser el que hace la calma, se sosiega a sí mismo y procede serenamente en medio de la tormenta; que en el fragor de cualquier hora busca un minuto alciónico” (p. 575).

### **Sobre los peligros de moverse en “el marco de lo admitido”**

“Me parecía esencial lo referente a las posibilidades: creo que uno de los mayores tropiezos de la vida, desde la más íntima a la más pública, es moverse en el marco de que lo que es ‘admitido’ de manera rutinaria, sin ver que otras muchas cosas son posibles y acaso más interesantes y valiosas. Si se trazase la imagen de las vidas individuales o la historia de los pueblos desde esta perspectiva, creo que se descubrirían panoramas desconocidos, frustrados por falta de imaginación” (p. 633).

### **Sobre la “estructura narrativa” de la vida**

“He ido tantas veces a los mismos sitios que he llegado a adquirir una extraña sensibilidad para lo que son en las distintas circunstancias; al volver, la vivencia actual se superpone a otras, a veces muy remotas, que reviven y matizan a su vez la del presente. Algunos lugares, ciudades o paisajes, quedan adscritos primariamente a una persona o un sentimiento, que resulta inseparable, y que puede no ser antiguo, sino al contrario; y de manera sorprendente refluye sobre el || pasado. El tiempo tiene un sentido, ciertamente, pero el tiempo vital es más complejo que el cósmico, y está hecho de ideas y vueltas, puede remontar aguas arriba, en una estructura intrincada que la teoría no

acaba de comprender, porque en casi toda su historia se ha separado demasiado de la vida en su mismidad. Tal vez la narración es la forma de pensamiento que ha permitido entender mejor la entraña temporal del vivir. Al escribir este libro, narrativo inevitablemente, sobre todo al analizar un punto de inflexión de una vida [la muerte de Lolita] que no quisiera seguir pero se ve obligada a continuar, que, si vale la expresión, se ‘resigna a ello’, aparece en toda su complejidad huidiza el tiempo, y la necesidad, si no se quiere cometer el más grave error, de evitar el espejismo de ‘los mal llamados años’, no al recordar el pasado, sino cuando se mira a lo que forzosamente va a ser el futuro” (pp. 673-674).

“En mi viaje a Estados Unidos [tras la muerte de Lolita] había ido encontrando amigos, discípulos, fieles a tantos recuerdos, deseosos de no dejarlos evaporarse, preocupados de verme herido, disminuido, con afán de hacerme sentir la continuidad de lo que se había roto. [...] revivía un tiempo que había sido feliz y estimulante, definitivamente pasado pero no enteramente extinguido. Sentía la realidad, la extraña fuerza, de eso que he llamado la trama biográfica, la serie de articulaciones con que se va tejiendo la vida, y que es casi imposible romper” (p. 704).

“Mi convicción de que la vida es una realidad dramática no es solo teórica: la experiencia personal me lo ha demostrado a lo largo de tres cuartos de siglo. Es dramático lo que una persona como tal hace y le pasa; como tal, es decir, en cuanto es alguien único e insustituible. He vivido todos los países —empezando, claro está, por el mío— dramáticamente. Es decir, me han afectado personalmente, han ido ‘entrando en mi vida’, formando parte de ella, condicionándola” (p. 840).

“La vida tiene una estructura narrativa hasta en sus últimos intrínquilis; no hay más modo de hablar de ella —si se la toma como lo que es, biográficamente, si no se la suplanta con sus estructuras fisiológicas o psíquicas— que contarla. Incluso la anticipación, la dimensión proyectiva de la vida, es narrativa: no puedo proyectar el futuro más que ‘diciéndome’ en forma dramática, imaginando ciertos sucesos o circunstancias y, sobre todo, anticipándome a mí mismo como un alguien todavía no existente y, por supuesto, inseguro” (p. 879).

## **Sobre el “aburrimiento”, el mayor peligro de Europa**

“Vi un día un cartel, un anuncio del diario La Suisse; alguien había escrito con un rotulador: ‘A bas l’ennui!’. Comprendí que lo que aquel desconocido manifestaba así era una impresión de difuso aburrimiento; y me sentí de acuerdo con él. Desde hacía bastantes años se había ido depositando en mí la convicción de que ese era el mayor peligro que acechaba a Europa en medio de su prosperidad y razonable equilibrio. Salvo España e Italia, y en cierta medida las grandes ciudades como París y Londres, que tienen una vida muy rica y compleja, en la mayoría de los lugares encontraba una especie de en-

carrilamiento de la vida, que fluía por cauces impersonales y previamente establecidos, con un mínimo de || improvisación, de aventura. En la mayoría de los países, que eran efectivamente ricos, y demasiado seguros, el bienestar se traducía sobre todo en aparatos, coches lo más lujosos posible, y vacaciones a lugares cuyo mérito se medía sobre todo por su lejanía, y por tanto por el coste del viaje. ¿Valía esto la pena? Pensaba que no” (pp. 686-687).

### **Sobre cómo cambia “el sentido del tiempo”**

“Mi estado de ánimo era bastante distinto. El sentido del tiempo varía, por supuesto, con la edad, pero también con los contenidos de la vida. Me había sentido joven hasta los sesenta y tres años; apenas nada que hubiera sido posible para mí había dejado de serlo. No había diferencia apreciable entre mi realidad y la de dos o tres decenios anteriores. Esa especie de ‘meseta’ de la madurez parecía estable y con promesa de continuidad. La muerte de Lolita cambió radicalmente el sentido de toda mi vida, y por supuesto del tiempo. Creo haber dicho ya que tuve la convicción de que mi vida iba a terminar muy pronto, que se trataba de un breve periodo de liquidación; esta esperanza no se fundaba en nada ‘objetivamente’ justificado, pero era muy enérgica y respondía a cómo me sentía: sin proyecto, sin porvenir” (p. 809).

“Al tener que luchar con cada día, casi podría decir con cada hora, por lo menos con cada mañana, tarde o noche, el tiempo iba adquiriendo un anormal relieve, una desusada concentración, que alteraba los mecanismos de la proyección, el emplazamiento, la elasticidad, la anticipación: en suma, toda su estructura. Y esto afectaba a sus contenidos, sobre todo a esa dimensión esencial, sobre la cual rara vez se tiene claridad: la importancia” (p. 810).

### **Sobre el peligro de la “ausencia de proyecto”**

“Para la mayoría de las personas, la vida discurre por cauces definidos exteriormente por una serie de engranajes: vida doméstica, trabajos, compromisos sociales, costumbres. En muchos casos, el individuo tiene muy poca libertad, casi toda su jornada está prefigurada y se convierte en un automatismo; y también la estructura de los periodos más dilatados, por ejemplo cada año. En ocasiones esto está sustituido por el ‘desorden’, y así en lo que se llamaba en otros tiempo ‘bohemia’; pero si se mira bien, se descubre que la vida de los que la seguían solía ser de una considerable monotonía, el desorden no era casi nunca indicio de mayor libertad, sino de ausencia de proyecto” (p. 854).

## Sobre la “intimidad” y el “vaciamiento de la intimidad”

“Las palabras latinas intus e intra tienen un comparativo, interior, lo que está más adentro. Y hay un superlativo, intimus, que designa lo más interior, la suma interioridad. La vida humana es circunstancial, consiste en que yo estoy entre las cosas, con ellas, haciendo algo con ellas. Pero una de sus posibilidades es lo que se ha llamado la entrada en sí mismo, en la interioridad, descubierta lentamente y con no pocas dificultades. San Agustín habla genialmente del ‘hombre interior’, contrapuesto al exterior, y dice que en él habita la verdad: in interiore homine habitat veritas. Cuando esa interioridad llega a su cima, se puede hablar de intimidad” (p. 843).

“A medida que se avanza en la vida, las presiones sociales, los compromisos, las ataduras, van aumentando; si a esto se añade algún éxito, todavía más; el ‘yo social’ crece, casi siempre a expensas del más íntimo. El resultado es muchas veces que la persona queda envuelta en una densa red de intereses, relaciones, compromisos, cargos, a la vez que va sintiendo cada vez menos apego por los contenidos estrictamente personales, de manera que su intimidad corre el peligro de vaciarse. Personalmente me parece preferible la situación inversa: el desinterés por lo meramente social, la proyección creciente hacia los estratos más íntimos y únicos de la vida. Es lo que quiero decir al hablar de desasimilamiento de lo exterior y apego a lo que constituye el núcleo último de la vida” (p. 856).

“He insistido sobradamente en la creciente significación que para mí ha tenido siempre la intimidad; pero he tenido buen cuidado de advertir que no se la puede confundir con una de sus formas, el ensimismamiento, ya que entre sus sentidos más fuertes se cuenta el de intimidad con otros, la aptitud humana —tan sorprendente, si se mira bien— de poder intimar con otras personas. Convendría preguntarse en serio cómo tiene que ser el hombre, qué tipo de realidad le pertenece, para que esto sea posible. Pero la vida es ‘un dentro que se hace un fuera’; no se vive dentro de uno mismo, sino en la vida, que es circunstancial. El predominio de la intimidad afecta a la manera como las cosas son vividas, pero no aísla de ellas, más bien al contrario: esa intimidad se vuelva sobre los demás —cosas y sobre todo personas—, y con ello hace la vida propia, a la cual de acontece tener una esencial dimensión de intimidad. Tan esencial, que si es muy escasa el hombre resbala sobre casi todo lo que le es ajeno, y por supuesto no lo hace propio” (p. 861).

CHRONOS & KAIRÓS

# Conversaciones para vivir el tiempo.

Patrocinador:

FUNDACION TATIANA

Colaboradores:

